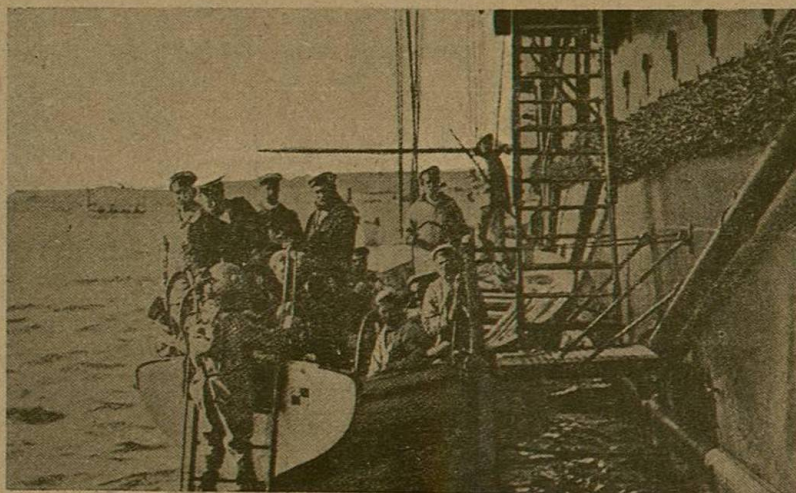


taron á los japoneses en el desarrollo comercial. Esto alarmó á los Togukava, y finalmente en 1862 una embajada japonesa fué á exponer sus quejas al Czar. Esta embajada propuso que el paralelo 50 sirviese de límite de demarcación, reservándose los rusos la parte situada al N. y conservando los japoneses la que se encuentra al S.; ambas zonas eran aproximadamente iguales. Razones etnográficas y comerciales abonaban las pretensiones japonesas, no ya sobre la mitad de la isla, sino sobre toda ella, porque sus habitantes tenían grandes afinidades de raza con los nippones, y estos recorrieron la isla y se establecieron en algunos puntos mucho antes que los rusos.



Buzos reconociendo el casco del «Gromoboi»

Pero nunca el Japón se había cuidado de proclamar sus derechos sobre Sajalin, ni consideraba esta comarca como formando parte integrante del imperio, porque ni tenía funcionarios en ella, ni ejecutado acto alguno de soberanía, y los habitantes de Sajalin conservaban su plena independencia. Llegaron los rusos más tarde, pero comenzaron por donde después quisieron concluir los japoneses.

No obstante, no queriendo el Czar oponerse abiertamente á las demandas del Japón, hizo comprender á los delegados que un límite puramente imaginario daría motivo á disgustos y complicaciones internacionales; en consecuencia, propuso que no se modificara el estado de cosas existente, ó que la frontera pasara por la bahía de Aniwa, situada en el extremo S. de Saja-

lin. De regreso en Yeddo, los representantes del Japón dieron cuenta á su soberano de la contraproposición de Rusia, reveladora de que esta potencia deseaba retener toda la isla. El Shogun resolvió abandonar Sajalin á su suerte.

Cinco años después, cuando ya los rusos afirmaban su dominación en la isla, el Shogun despachó nuevos enviados á Europa; entonces los rusos pidieron abiertamente la posesión de Sajalin, entregando en compensación al Japón la isla de Yturup y otras tres cercanas, más pequeñas. No aceptaron los japoneses, y se declararon en favor de la posesión común, con libertad para los súbditos de ambos imperios, de

recorrer el país y establecerse en donde tuvieran por conveniente. Pero todos los territorios aún no ocupados fueron poco á poco inscriptos á nombres de súbditos rusos, de tal suerte que virtualmente la isla quedó en poder de Rusia.

Finalmente, en 1875 el Japón reconoció la soberanía rusa sobre Sajalin, recibiendo en cambio el archipiélago de las Kuriles, que le cedió Rusia.

En 1893, el valor de las pesquerías exportadas desde Sajalin al Japón ascendió á 596.202 duros, y el de las llevadas á Rusia á la suma de 831.803 duros. Además, Sajalin envía anualmente al Japón abono de pescado por valor de un millón de duros, lo cual causa una ruinosa competencia á los industriales japoneses, agobiados por los derechos y contribuciones y cargas de que

están exentos los habitantes de Sajalin. Esta circunstancia movió á los moradores de Hokkaido, isla separada de la de Sajalin por el estrecho de La Perousse, á solicitar del gobierno japonés el envío de una expedición militar que se apoderase de Sajalin, y si esto no era posible, que se permitiera á los pescadores de Hokkaido el uso de armas para hacer uso de ellas contra los pescadores de Sajalin. El gobierno desoyó estas intimaciones, pero apenas han desaparecido del mar las escuadras rusas se ha apresurado á conquistar formalmente la isla. En resolución, los pobladores de Sajalin serán, con los coreanos y los chinos, las víctimas de esta guerra, pasando de una existencia autónoma y tranquila á participar de los fuertes tributos y demás cargas que pesan sobre los nippones.

EPISODIOS DE LA BATALLA DE MUKDEN

De una carta dirigida por el teniente japonés Tokutaro Oshio á un su hermano, que reside accidentalmente en Londres, copiamos los siguientes gráficos pormenores de la colosal batalla de Mukden:

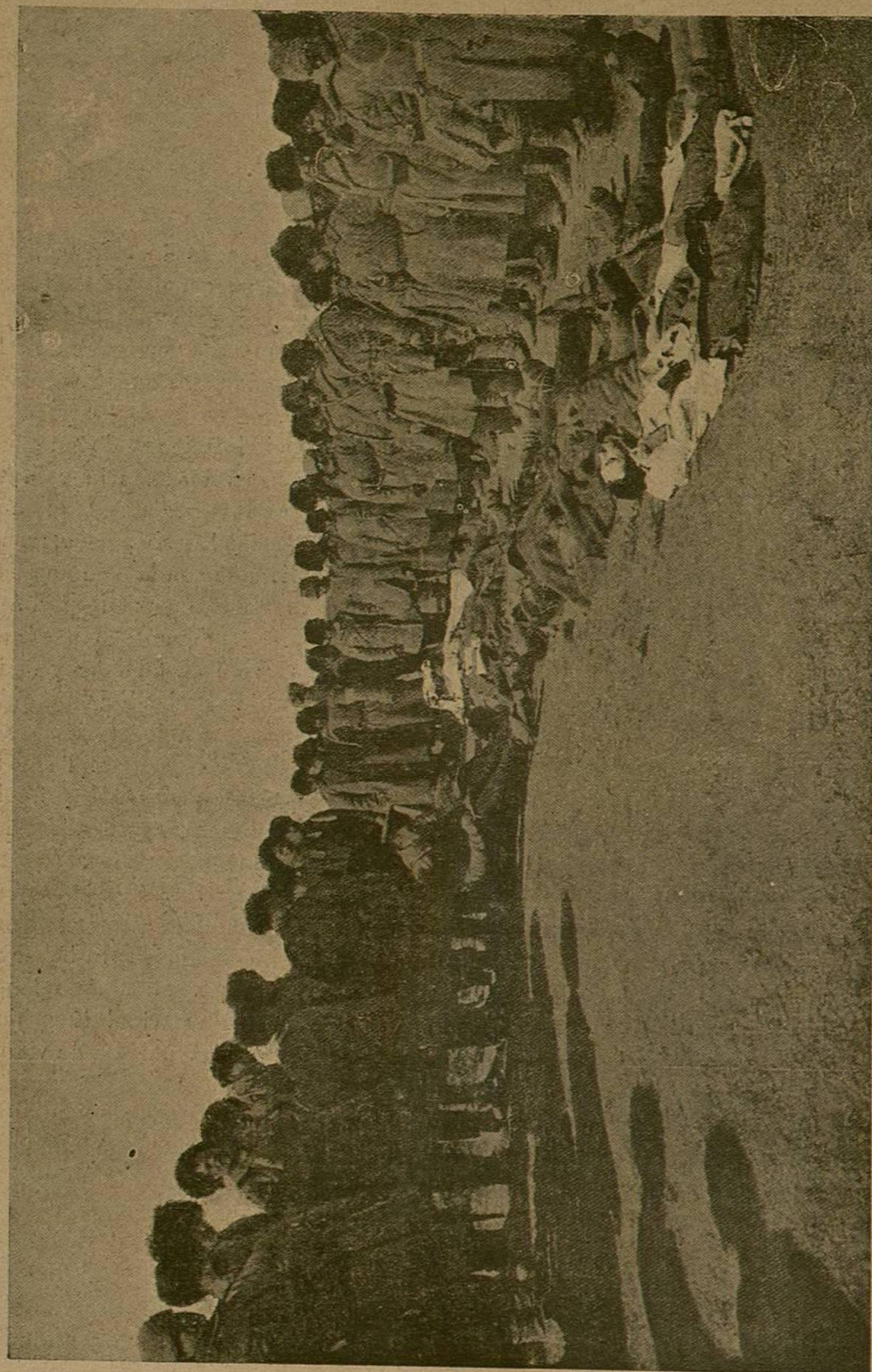
«El día 6 de Marzo, el más sangriento y salvaje de todos, el más furioso y el peor, los rusos defendían un línea que va desde San-sen-ho á Neng-yo-ho, mientras nosotros estábamos en Gio-rim-ho y sus alrededores, que está unos 6 kilómetros al O. de la estación de Mukden. ¡Qué tenacidad la de los rusos! Cañones pesados y de campaña, cañones de montaña y pequeños cañones de dinamita, todos cañoneando al enemigo, y los heroicos artilleros rusos respondiendo tiro por tiro y granada por granada. Los ataques y contraataques se sucedían como las escenas de una linterna mágica. Combatíamos valiéndonos de los fusiles, de las bayonetas, de las granadas, de las palas, de los picos, y aun de los puños. Aquello no era ni más ni menos que una gigantesca casa de fieras. Uno de los jefes de batallón fué muerto, y el coronel gravemente herido, y uno después de otro cayeron todos los oficiales de la compañía. En una ocasión, cuando por medio del silbato di la orden de ataque, apenas 40 hombres de todo un batallón pudieron avanzar por sus pies; los demás—no cobardes, sino difuntos—habían

quedado muertos en sus puestos; los que respondieron á la orden pudieron quedarse atrás, porque en realidad hubieran debido estar en las ambulancias. Me es imposible describir los horrores de aquel día, y tal vez no hay palabras para rendir justicia á la bravura de todos, rusos y japoneses, y á la resistencia física que demostraron. Los rusos, mucho más numerosos que nosotros, cargaron una vez después de otra con tanta resolución, que algunos de ellos atravesaron nuestras primeras líneas: pero no volvieron á pasarlas. Eran tropas de refresco, muy decididas, porque sabían que de ellas dependía la suerte de Kuropatkin y de su ejército. El triunfo aquel día correspondió á los rusos, á despecho de todos nuestros esfuerzos: lo merecían.

«Siguiendo las indicaciones de un oficial de Estado Mayor, exploramos la voluntad de las tropas para intentar un ataque nocturno. Muchos soldados se presentaron á sus oficiales pidiendo ir en la columna para llenar las trincheras con sus cuerpos, á fin de que sus camaradas pudiesen pasar por encima. Una comisión de oficiales y soldados se presentó al jefe de la división, quien concedió el permiso solicitado, aunque no sin haber antes titubeado mucho. Todos los hombres ilesos de mi compañía se ofrecieron como un solo hombre, pero al formar, vimos que había muchos heridos; elegimos únicamente á los ilesos. Los soldados de la Kessitai formaron en una plaza, llevando cada uno un frasco de agua, para beber durante la expedición, ¡expedición de la que probablemente no regresarían! El general Tachimi descorchó una garrafa de vino, y vertió algunas gotas en el vaso de cada soldado, estrechando las manos de todos; después, alzando su vaso, exclamó: «¡Muchachos! poco tengo que deciros. Conocéis bien lo azarosa que es vuestra empresa, y que no es seguro el éxito. Solo puedo desearos buena suerte! Id á cumplir con vuestro deber. Yo no os lo mando, camaradas, pero acaricio la esperanza de que vuestra resolución y vuestra determinación obtengan la victoria como premio. ¡Adiós! ¡Adiós! ¡Viva el Emperador! ¡Viva el Emperador! ¡Viva el Emperador!»

«Los hombres que quedaron atrás se llegaron á mí, suplicándome que los llevara conmigo; rehusé, y entonces me pidieron

que los emplease en el ataque, en cualquier forma. A media noche los soldados se quitaron los capotes de invierno, y pusieron brazaletes blancos en la manga izquierda, pa-



ra distinguirse de los rusos. Los oficiales con las espadas desnudas y la tropa con las bayonetas armadas, avanzamos en la formación acostumbrada. Delante marchaban, en una fila con intervalos, varios soldados

con granadas de mano; luego la columna principal en grupos de seis hombres, y un soldado con granadas de mano, de vez en cuando, pero en la misma línea. Y con un

tremendo alarido, nos arrojamos contra las trincheras. No puedo describir lo que sucedió entonces. ¿Cuántos de nosotros volvimos? Pocos, muy pocos. ¿Y las trincheras? Siempre intactas.

Reconocimiento de muertos, durante la batalla de Mukden

»El día siguiente, 7, presencié los mismos hechos, pero notose una ligera vacilación en las líneas rusas. El día 8 comenzó el movimiento favorito del enemigo: «La prevista marcha al N.», la cual nos permitió conquistar la posición, en la que hicimos bastantes prisioneros. Esta fué la señal para que el ejército de Kuropatkin se confesara derrotado. Aquella noche dormimos como pudimos, en el lugar del combate. El día 9 desalojamos al enemigo de Tai-sei-kio— cinco kilómetros al NO. de Mukden— y llegamos á Tei-san-ka-shi, donde vivaqueamos en la formación de combate.»

Refiriéndose á la llegada de los japoneses á la estación de Mukden, dice el teniente Oshio:

«A las siete y media entramos en la estación. Algunas mesas estaban puestas como si aguardasen á la compañía. ¡Qué espectáculo para hombres que durante aquellos días solo habían comido galleta y bebido agua de nieve. Pero ¡alto! porque los rusos habrán ensuciado el contenido de los jarros, y ocultado bombas de dinamita bajo las casacas que han evacuado. ¿Será verdad? Aquí se ve una caja de cigarros, abierta, invitando á fumar; y varias tazas de chocolate muy tentadoras. Una idea se me ocurre. ¡Oye, Inuye! trae un prisionero, uno solo, uno capturado aquí cerca.

—»Si, oficial, esta es la mesa preparada para la columna de transportes. Lo sé porque soy asistente de un teniente de administración militar. Creo que todos los manjares son buenos. ¡No los eche usted á los perros! Comeré de ellos yo también. No he probado el pan en los últimos cinco días.

»Comemos los alimentos de los rusos, y dormimos aquella noche en las camas de los rusos, con sábanas también rusas. Me parecía encontrarme en las festividades de Enero y Junio. ¿Quién puede comprender la delicia de estas cosas? Al día siguiente tuvimos algunas escaramuzas con los rusos que se retiraban.

»En uno de los combates vi un pequeño sabueso de Pekin, cogido entre dos fuegos. Silbé y acudió á mi llamada; evidentemente pertenecía á un oficial ruso, y lo guardo para mí, porque no creo que el propietario venga á reclamarlo. Al atacar una trinchera enemiga, el amiguito no pudo seguirnos, á causa de sus cortas piernas y largo cuer-

po; subile sobre mi brazo izquierdo, y empuñando la espada con la diestra, me lancé al ataque. El grave sargento mayor se echó á reír. Bien podía hacerlo, porque durante todo el día ¡¡ solo oímos algunos disparos de fusil. Llamé algunos practicantes y camilleros y recorrí el campo, distribuyendo galleta, agua, té caliente y otras tisanas á los heridos rusos.

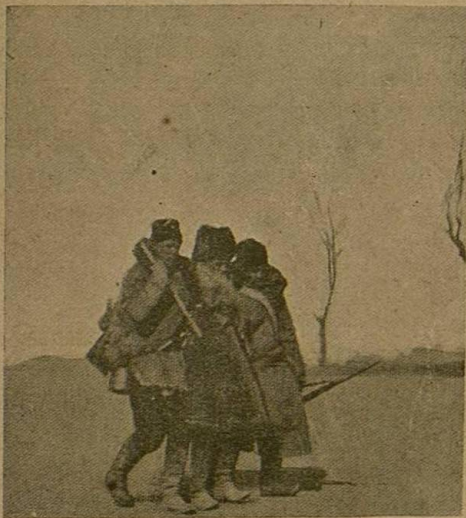
»¡Cuán aborrecible diosa es la diosa de la guerra! Entre los heridos rusos figuraba un



Gran Duque Alejo Alejandrovitch, ex-jefe de la Marina rusa, en Longchamps (París)

muchacho que apenas contaba 16 ó 17 años, un tamborcillo, herido en ambas piernas. Tenía un rosario en sus manos y rezaba. Mostrando el brazal de la Cruz Roja que llevaba uno de mis soldados, le dije en chino: «Es un practicante, amiguito». No respondió. Entonces le dije en ruso: «Doctor», y añadí en alemán, apurando mis conocimientos lingüísticos, que no tenía nada que temer. Era polaco, sin duda, porque se expresaba en alemán. Estaba tan sediento que

no le bastó el contenido de mi frasco, y sorbió ávidamente la mitad de otro, comiendo alguna galleta. Me sentí inclinado á preguntarle por sus padres, pero estaba muy débil y no convenía entristecerle. «Tus heridas son insignificantes, y los practicantes de la ambulancia japonesa llegarán pronto y te recogerán. Pronto podrás marchar al lado de tus padres. Abriéndole con capotes de los rusos muertos, iba á alejarme cuando me gritó: «Un momento, oficial, un momento. Bondadoso oficial, no os puedo dar nada, nada más que este libro. No poseo nada mejor, señor. Es lo que más estimo.» Y besó mi mano repetidas veces, llorando amargamente. Acepté el



Soldados rusos conduciendo un herido

libro, y sin más palabras fui en busca de otro paciente.»

Describiendo las posiciones rusas en la jornada del 1.º de Marzo, dice el teniente Oshio:

«Como de costumbre, los rusos ocupaban una posición naturalmente fuerte, reforzada con todos los elementos que ofrece la moderna ingeniería militar; y los ingenieros rusos son excelentes.

«Alambradas de espino artificial, talas, pozos de lobo, todo bien acabado, y asomando á través de las sólidas mamposterías de los muros las bocas de los fusiles. Avanzamos muy lentamente, paso á paso, bajo una lluvia de balas de fusil y de ametralladora, que producían un continuo zumbido como el canto de millares de alondras,

Un hombre, á mi derecha, se desploma, luego otro á mi izquierda, luego un soldado queda despedazado, saltando despojos sangrientos en todos sentidos, y humedeciendo con sangre mi rostro. La voz de un oficial infundiendo alientos á un herido, órdenes dadas con voz enronquecida, un ¡Viva el Emperador!, último aliento de un moribundo, todos estos ruidos llegan confundidos y mezclados al oído, y se creería el espectador víctima de una pesadilla, si los ojos no le demostraran la verdad de cuanto sucede. Después de luchar todo el día, la posición quedó en poder de los rusos.»

El fatalismo japonés queda reflejado en este párrafo:

«Casi todos los heridos lo son generalmente en el momento de incorporarse para cargar, en el acto de saltar una trinchera ó escalar un parapeto, es decir en el momento de cambiar de actitud. De aquí la conveniencia de adiestrar al soldado para que ejecute todas esas cosas en el menor tiempo posible. Por lo demás, la vida y la muerte son cosas que están fuera de nuestro alcance. Si uno ha de ser herido, lo será pese á cuanto haga por evitarlo, aunque se esconda detrás de una montaña. La suerte es quien decide.»

DECLARACIONES DE UN AGREGADO MILITAR ESPAÑOL

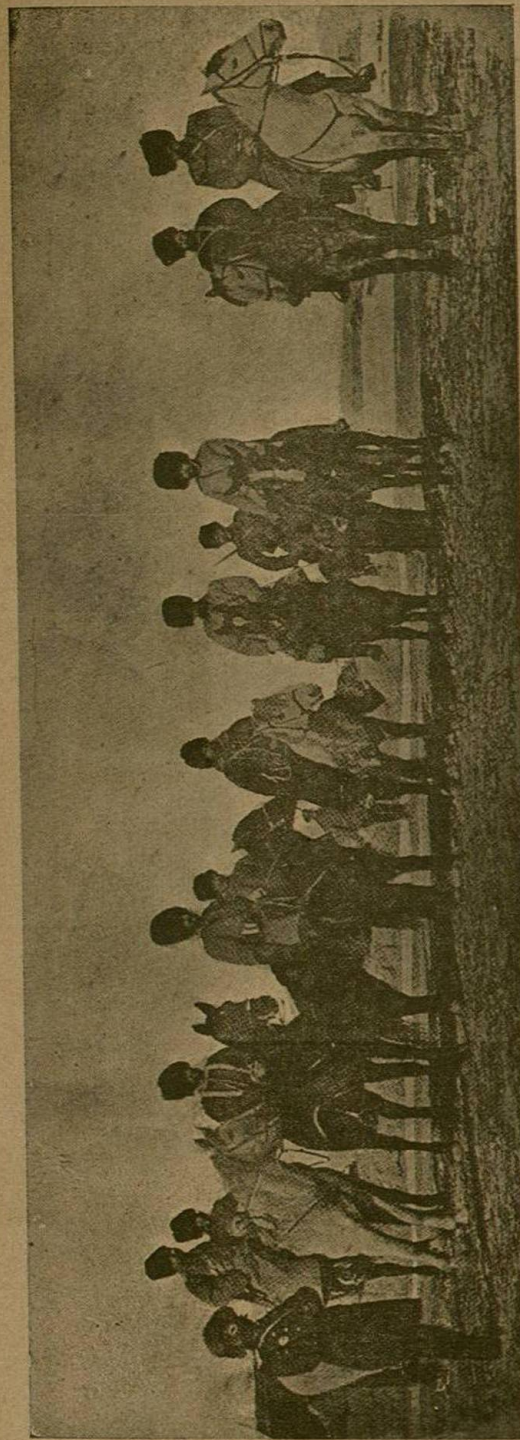
En el diario madrileño *La Epoca* han aparecido algunas declaraciones del Capitán de Estado Mayor D. Eduardo Herrera de la Rosa, oficial que ha permanecido dieciseis meses agregado al ejército japonés del general Nogi, y asistido á la toma de Port-Arthur y á la batalla de Mukden. Copiamos los párrafos más interesantes ó que entrañan mayor novedad:

«El espíritu militar del soldado japonés es superior á toda ponderación. Luchan con fe por el Emperador y por su patria. Debido á esto, su centro es la guerra. Sus costumbres en ella se reducen á batirse; sus distracciones el ejercicio del fusil.

«Ni desean la paz, ni la rechazan. Lucharán cuanto sea preciso. No quieren el aniquilamiento del enemigo, y con éste han extremado siempre su respeto y su consideración. Son humanitarios, y se pueden rechazar como calumniosas cuantas afir-

maciones se han hecho en contrario.»

«La actitud de Corea con respecto al Japón fué al principio cordialísima, dándole



Grupo de ayudantes, acudiendo á recibir la orden general

los naturales del país cuantas facilidades pudieran desear; pero, últimamente, en el Norte de esta península han empezado á crearle bastantes dificultades.

«Tanto China como Corea son dos nacio-

nes que ofrecen el espectáculo más triste que puede imaginarse: la primera, procurando mantener una neutralidad imposible, pues que en su territorio se combate, y la segunda sufriendo los rigores de una guerra espantosa, siendo ajena al asunto que se ventila.»

«Las bajas sufridas por el ejército sitiador ante los muros de Port-Arthur se calculan, aproximadamente, en cien mil, contando entre ellas las producidas por enfermedades.

«Al hablar de la célebre batalla de Mukden—dice el redactor de *La Epoca*— se expresó en términos de grande admiración hacia los dos ejércitos combatientes, en cuanto á su valor, constancia, tesón y espíritu militar.

«Dijo que era imposible recordar hechos salientes, pues el frente de la línea de combate pasaba de ochenta kilómetros.

«Negó categóricamente que la retirada de los rusos fuese desordenada, como se ha dicho, recordando que «la extrema retaguardia rusa, que protegía la retirada del grueso del ejército, á pesar de verse atacada por el frente y por los dos flancos, recibiendo un fuego mortífero indescriptible, no abandonó su puesto hasta recibir la orden después de larga lucha»

El redactor de *La Epoca* refiere el siguiente interesante episodio, que el Sr. Herrera calló modestamente:

«El agregado militar español al ejército de Nogi, de acuerdo con el agregado de Turquía y previo el consentimiento del general, avanzaron hasta la primera línea de combate con objeto de reconocer detenidamente ciertos trabajos que realizaban los ingenieros japoneses; transpusieron los atrincheramientos, y llevados de su amor profesional salieron á campo descubierto, donde, al ser vistos por los rusos, los hicieron una descarga, estallando un granada tan cerca de ellos, que el oficial español fué herido por un casco, que le fracturó el peroné de la pierna derecha. He aquí la causa de que se vertiese sangre española en el sitio de Port-Arthur.»

UNA NUEVA VERSIÓN

DE LA BATALLA DE SAN-DE-PU

Los corresponsales agregados á los ejércitos de operaciones son siempre, como es